

dos, 68, 69 y 70, los estudios de caballos, de peces y de aves, que son un poco posteriores a esas épocas, así como los estu- pendos grabados en madera "Mujer con frutos", "Los Cantantes", "Mujer con guitarra" y "Sirenas", de tanto carácter y estilo propios).

Me atrevo a afirmar —por- que lo siento así, y basta— que Tamayo es más Tamayo en los veinte y en los treinta que después, aun cuando haya gana- do en experiencia, en ciencia del color y hasta en criptolo- gía, sin tiempo ni espacio de- terminado. Me parece, tam- bién él, más espontáneo, más identificado con su raza y su medio, entonces. Y éste con- vivió al que ahora asiste aun- que de modo un poco fragmen- tario, permite, lo mismo que en los otros, un examen de contraste, entre esas obras y lo que ha venido después. Per- siste siempre el talento, la fan- tasía y la intención poética que siempre le han animado —en todo tiempo— de eso no hay duda, más de esa intensa pro- ducción de perfiles más inte- lectualizantes y un tanto aje- nos a nuestra idiosincrasia, habrá que espigar lo que no se resuelve en problemas forma- les de extremado análisis y de síntesis geométricas de rigor lineal y de mecánica, para que queden solamente las alucinan- tes armonías cromáticas, tan individuales en Tamayo, tan perfectas como luz y como transporte ideal de los senti- dos, para que admiremos los sueños de las "Músicas Dor- midas", la "Serenata a la lu- na", la "Mujer blanca", "El Pintor", ese "Perro ladrando a la luna", que podemos evo- car en otros tantos bocetos de cuadros, en las litografías co- mo "El Coyote", "Hombres y pájaros", "Mujeres bailando", etc.

Orozco es siempre igual a sí mismo. Cuando acomete la rea- lización de la idea en el muro sabe conservar la frescura del apunte primario. Todo lo ha deglutido antes. Ahí están sus maravillosos proyectos y bocetos para el "Prometeo", para la bóveda de la Cámara de Di- putados de Guadalajara, para el ya célebre "Hombre en llama- sas" del Hospicio de la mis- ma ciudad; para el cuadro de "Las Leyes de Reforma" en el Museo de Historia. Ahí es- tán esos dibujos en tamaño natural —algunos— con estudios de torsos, de rostros, de bra- zos, de manos (¡ah, esas ma- nos de Orozco, tan emotivas, tan elocuentes siempre!), de pies; esos escorzos en que era maestro. Pocas han de ser las modificaciones que experimen- ten después, las indispensables para reforzar un gesto, un ras-

go, y nada más. Un hilo invi- sible pero de gran potencia emocional que todos estos apuntes, con las fotografías de las obras terminadas, y con el

carácter de las litografías, en las que únicamente está pre- sente alguna aportación nueva, algún arbitrio que mejore la simplificación de lo esencial.



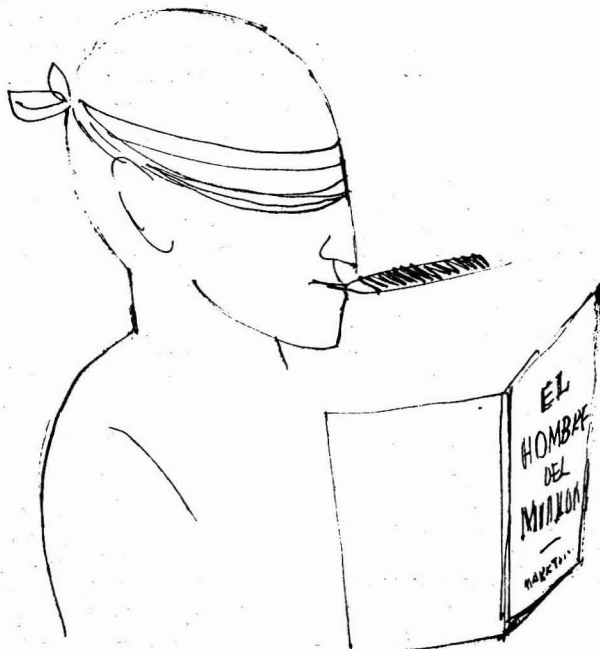
EL CINE

Por Martín PALMA

NIDO DE RATAS. Holly- wood no suele suscitar semejantes a la r d e s. Aquí, una escena cual- quiera cobra vida; se puebla, no de sombras ni héroes men- rengados, sino de —graves, primitivos, hondos— caracte- res que saben hablar y quieren sentir; alberga un movimiento sobrio que, desprendiéndose apenas del bienaventurado cla- roscuro de un muelle neoyor- kino, mantiene sin oropeles el mismo ritmo de frenada gran- deza.

Y es que Elia Kazan, por esta vez, ha vencido notable- mente. Contra la necia tradi-

ción y el desbordamiento co- mercial, ha cocinado sus *pro- pios* hallazgos dramáticos. Ha llevado y traído la cámara por caminos peligrosos, mas siem- pre fecundos. Ha entendido y aprovechado las no escasas posibilidades de sus actores. Resultado: Marlon Brando desempeña a un protagonista verosímil (boxeador frustra- do, ni totalmente bueno ni en- teramente malo); Eva Marie Saint nos convence con su ti- midéz salvaje; la trama —or- dinaria en sí, como la del ver- dadero arte— encuentra justa compensación en la perspectiva extraordinaria que la enfoca.



EL HOMBRE DEL MILLÓN. Cuando, hace muchos años, leí un cuento de Mark Twain lla- mado *The £ 1.000.000 bank- note*, sospeché desde las pri- meras páginas que el asunto iría, tarde o temprano, a parar en argumento cinematográfico. La realidad no me ha desen- gañado; pero el cumplimiento de aquella íntima profecía dis- ta de haber colmado los rasgos brillantes que yo imaginaba en su prevista ejecución.

En efecto, aquel ingenio su- perficial y modesto se ha vuel- to en esta cinta, concretado en las proezas de un Gregory Peck cuidadosamente oligofré- nico y en la actuación desigual e inarmónica de sus acompa- ñantes, tediosa lección de hon- radez norteamericana; ejem- plar sermoncillo que demues- tra en demasía, más que las excelencias morales de los per- sonajes, la vasta capacidad que tienen estos esfuerzos —cuan- do no los preside una auténtica pericia, británica o no—, para "enseñar aburriendo", según la consabida fórmula del celuloi- de cotidiano.

Ingenuidad no es penuria mental. Pero este "hombre del millón" nos hace creer lo contrario. Todo en él induce al bostezo depresivo, nunca siquiera a la carcajada, y me- nos a la noble sonrisa.

¡Mark Twain ha muerto!
¡Viva Gregory Peck!

DÉBILES Y PODEROSOS. Pri- mer acto. Los pasajeros del avión se odian entre sí. ¡Qué mirada rencorosa la del marido que se cree burlado! ¡Qué egoísmo lleno de flaquezas, el del escritor que caricaturiza a una caricatura de Heming- way! ¡Qué temores ante el (¿dulce?) misterio de la vida, los de la muñeca recién ca- sada!

Segundo acto. El avión se cae. Un motor se lanza al va- cío, y varios galones de indis- pensable gasolina lo persi- guen. Otro avión comienza a arder. Pánico. Epopeya. El avión continúa cayéndose (Pe- ro nosotros ya adivinamos con una muñeca de complicidad que las cosas saldrán bien).

Tercer acto. Comprobamos la eficacia de nuestra adivi- nanza. El avión llega a puerto, hélice más, hélice menos. El marido comprende, y pide una llamada de excusa a larga dis- tancia. El escritor ha demos- trado que él también tiene su corazoncito y sabe portarse como quien es, y por ello reci- be la gratitud de una descon- certada cónyuge. La muñeca avizora firmemente el futuro.

Telón.

Moraleja — recomendación de un espectador: Que la ONU se sirva convocar para una reunión de los cinco gran- des a bordo de un avión des- compuesto.